

LIBROS

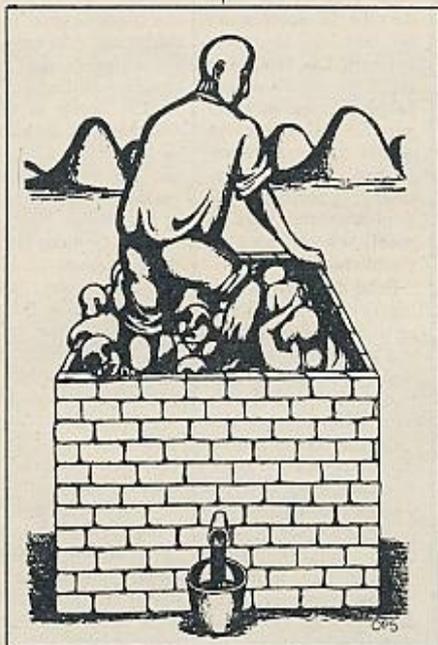
La rabia de Swift

Parece que uno de los destinos del intelectual en este mundo es el de rabiar. Jonathan Swift fue un intelectual típico. Vivió entre los últimos años del siglo XVII y la mitad del siglo XVIII. La época en que Inglaterra construía sus grandes mitos: el establecimiento de las relaciones entre el Rey y el Parlamento, la ley del «habeas corpus», la aparición de los partidos políticos («whigs» y «tories»), la aventura naval, la fundación de la compañía de seguros Lloyd, la creación de las grandes ciudades, el nacimiento del Imperio. Lo que se llamó «el Gran Siglo»: la preparación de la revolución industrial de Manchester y de una nueva era. De todo ello, Jonathan tuvo una visión peculiar: muertes violentas, persecuciones, cárceles llenas, corrupción. Su propio país, Irlanda, devastado, diezmado, hambriento por las represiones inglesas. Los irlandeses, tratados como esclavos. Jonathan Swift decía: «Voy a morir de rabia, como muere en su agujero una rata envenenada». Sus últimas palabras fueron: «¡Esto y loco!», y en su testamento dejó una parte considerable a un manicomio. En el medio aristocrático en que vivía —como pariente pobre, muy próximo a los criados— se le consideraba un personaje excéntrico, divertido. Casi un bufón. Vida, en fin, de intelectual.

Aparte de su famoso «Gulliver» —que corrió la terrible aventura de haber sido escrito por su autor como una amarga sátira política y convertirse en lectura

para los inocentes niños del mundo— dejó escritos algunos admirables libros de sátira, numerosos panfletos, cartas estremecedoras y uno de los más profundos libros de amor de la literatura universal, el «Diario para Stella (Stella = Esther: la mujer con quien contrajo matrimonio secreto)». Entre los escritos breves, una obra maestra de la sátira política: la «Modesta proposición para evitar que los hijos de los pobres de Irlanda sean una carga para sus padres o su país, y para hacerlos útiles al pueblo», que aparece ahora en castellano (1), junto con el proyecto para un hospital de incurables y algunos de los «consejos a los criados». Si la modesta proposición de Swift hubiese sido seriamente escuchada en su época —consistía, con toda sencillez, en convertir en carne de mesa, en alimento, a los niños irlandeses—, Inglaterra se habría ahorrado el largo y sangriento pro-

(1) Jonathan Swift, «Una modesta proposición». Traducciones de E. Gallo y R. Boero. Ilustraciones de Ops. La Fontana Literaria (Biblioteca de bolsillo), Madrid, 1972.



blema irlandés, que todavía dura —en el Ulster—, y puede durar muchos años aún. Parece que, a pesar de las numerosas reediciones de esta obra, el momento de comerse a los niños irlandeses ha pasado ya, y que Inglaterra, que tan a tiempo supo saltar sobre todas las oportunidades, dejó pasar ésta. Pero la modesta proposición puede seguir sien-

do útil, si se aplica racionalmente en algunos países del tercer mundo, y muy notablemente en la India.

El verbo de Swift es lo que podríamos llamar moderno, más que contemporáneo —en la contemporaneidad, la palabra satírica es más achatada, más cobarde—; se mantiene considerablemente bien en la traducción castellana,

quizá porque este idioma es el mismo en que escribió Quevedo. No tengo ninguna prueba de que Quevedo fuese leído por Swift, aunque no sería extraño, porque la literatura castellana tenía circulación en el Londres de la época, y porque Swift fue hombre de muchas lecturas. En todo caso, el único escritor comparable a Swift es Quevedo, en materia de verbo y de fulgor en la sátira, aunque Swift reflejaba de una manera enteramente original el mundo que le rodeaba.

Esta edición —de bolsillo— lleva unas ilustraciones mágicas de Ops. Su poesía sardónica y profunda enriquece considerablemente el texto. ■ POZUELO.

La pérdida del reino

En su reciente «Historia personal del «boom»», José Donoso sitúa a Pepe Bianco entre aquellos escritores que, por diversas causas, no han conseguido sumar su nombre (o no se lo han propuesto) al «grueso del «boom»». No deja de reconocer

Donoso, en el caso particular de Bianco, que cuando conoció al escritor argentino admiró su «inteligencia no sólo prodigiosa, sino de una especie totalmente distinta a todo lo que se producía al otro lado de la cordillera» (la que separa Chile de la Argentina), calificando de deslumbrante la ponencia que el argentino leyó en el Congreso de Intelectuales de la Universidad de Concepción, Chile, en 1962; Congreso de decisiva importancia para clarificar las diversas posiciones de la intelectualidad latinoamericana ante las realidades sociológicas, políticas y culturales del Continente. Por entonces era reciente la sonada renuncia de Bianco al cargo de secretario de Redacción de la revista «Surs», que había venido desempeñando a lo largo de veintitrés años, con motivo de su participación como jurado en el Premio Casa de las Américas.

Pero si Bianco ha mantenido en los últimos decenios una ininterrumpida actividad intelectual, su obra como narrador parecía hallarse definitivamente truncada, al haber transcu-

LOS ESCRITORES ITALIANOS QUIEREN FUNDAR UNA EDITORIAL COOPERATIVA

Está formándose en Roma una cooperativa de escritores que pretenden convertirse en editores de sus propias obras. La iniciativa parte de un grupo de críticos considerados como de vanguardia, y su finalidad la expresan ellos mismos: «Esta cooperativa publicará, sobre todo, textos que de otra forma permanecerían excluidos de los canales normales: libros de denuncia política, panfletos. Aunque solamente sirviese para aumentar el poder contractual y las fuerzas de los escritores, la cooperativa habría conseguido ya un título de mérito».

El movimiento de fondo consiste en estimar que hoy el escritor es un «proletario de la cultura», considerando la cultura, en manos de los grandes editores, una industria de consumo en busca del beneficio inmediato, mediante una prefabricación de supuestos talentos por los premios literarios, o mediante la cuidadosa elaboración publicitaria de «best-sellers» y la creación de un «establishment» literario que,

manejado por los propios editores, hace y deshace en el mundo de las letras.

Los cooperativistas quedan, sin embargo, en libertad de entregar algunos de sus escritos al «sistema» establecido, a los grandes editores. La cooperativa —que no renuncia a tener sus propios «best-sellers» o a descubrir los nuevos talentos, dentro de su línea— se reserva, sobre todo, para los libros considerados como «dificiles», y que no lo son en razón de su falta de legibilidad potencial, sino porque los editores no quieren arriesgarse directamente con ellos o porque pueden atacar los intereses de clases de capital directamente ligados con las editoriales. O bien porque podrían «cambiar la moda» de la literatura y poner en peligro a los escritores establecidos, que son asesores literarios, lectores o consejeros de las editoriales actuales.

Otro intento italiano correlativo es el de un núcleo de pequeños editores que pretenden unirse entre sí para luchar contra los monopolios de las gran-

des casas editoras de Milán y Roma.

Aunque el anuncio de la cooperativa ha despertado un gran interés y numerosos comentarios y encuestas —y además una enorme afluencia de escritores inéditos a la sede social de la cooperativa—, la mayor parte de las opiniones son escépticas: creen que en todo caso la cooperativa podrá mantener alguna colección de prestigio, quizá producir algún libro enormemente interesante que por otra vía hubiese quedado inédito, pero que no podrá dar la batalla a las grandes editoras, que tienen un poderío económico establecido en forma de «cartel»: fabricación de papel, talleres de impresión, redes de distribución, periódicos y revistas literarias, organismos propios de venta, librerías... Y cuadros de escritores que, evidentemente, no se arriesgarían a perder su situación —muchos de ellos reciben sueldos mensuales en prenda de futuros libros: son deudores de las editoriales— por la promesa de la cooperativa. ■